

EL "CICLO ESLAVO" DE JUAN EDUARDO ZÚÑIGA  
(CON UNA NOTA SOBRE FELIPE TRIGO)THE "SLAVIC CYCLE" BY JUAN EDUARDO ZÚÑIGA  
(WITH A NOTE ABOUT FELIPE TRIGO)

DANILO MANERA

El así llamado "ciclo eslavo" de Juan Eduardo Zúñiga es un conjunto de obras que comprende ensayos y narraciones. La pasión por las literaturas eslavas –en especial la rusa y la búlgara– tuvo una importancia fundamental en sus años de formación, en buena medida autodidacta, desde el descubrimiento en la adolescencia de *Nido de nobles* de Turguéniev, y también fue un territorio de salvación en la época marcada por el desasosiego después del efecto casi nulo de su debut literario. Creo que en aquellos tiempos difíciles jugaron un papel de fuga, de escape a un lejano mundo libre, fascinante y distinto de la realidad de la España franquista, trabajos como la introducción a los cuentos completos de Antón Chéjov (1962), las traducciones de Vazov, Yóvkov, Yávorov y Paustovskii, el estudio bio-literario *Los imposibles afectos de Iván Turguéniev* (1977) que luego se revisará en *Las inciertas pasiones de Iván Turguéniev* (1996). Zúñiga confiesa que durante los años de privaciones y hambre de la posguerra se hundía en aquellas lecturas sin reservas y por aquellos sueños y quimeras se sentía transformado, como cambia todo un paisaje con la nieve. "En el fondo –dice– se lee para aprender a vivir, para alejar el dolor, para identificarse con existencias remotas e irreales pero seductoras".

Y ya después de haber empezado la escritura de la trilogía sobre la guerra civil, aparecerán los hitos más importantes del "ciclo eslavo": *El anillo de Pushkin. Lectura romántica de escritores y paisajes rusos* (1983), reunido con algunas modificaciones con el estudio sobre Turguéniev en *Desde los bosques nevados. Memoria de escritores rusos* (2010). *El anillo de Pushkin* está compuesto por una serie de cuadros líricos con notas críticas, dedicados a escritores rusos –de Lérmontov a Andréiev, de Blok a Dostoyevski– y a sus vicisitudes, a sus sentimientos, a sus paisajes, a su sólida vocación. Son, como dice Luis Beltrán Almería, los *prodigia* de la literatura rusa, la gramática fantástica de sus mensajes en clave, la magia que produce la renovación de Zúñiga, que para hacerse escritor de la metamorfosis ha tenido que pasar por su propia resurrección.

Vendrán luego el emotivo paseo histórico-literario en forma de guía sobre la capital búlgara *Sofia* (1990) y los cuentos breves de *Misterios de las noches y los días* (1992), situados casi siempre en una ciudad parecida al San Petersburgo del siglo XIX, que derrumban toda barrera de género e inspiración y proporcionan a la escritura de Zúñiga su gran espesor sinfónico, su amplio abanico de resonancias.

Se trata de episodios con oscuras tintas románticas, orquestados como rápidas, suaves melodías sobre la intrusión en la vida cotidiana de presencias fantasmales, recuerdos que surgen para convertirse en obsesiones, detalles indescifrables que son proyecciones del sedimento profundo y dato secreto de la experiencia. La tensión es creada no por los delicados ingredientes góticos (avisos de ultratumba, maniqués que respiran, tinieblas lluviosas y melancólicos otoños) sino por la luz inquietante que cada suceso prodigioso arroja sobre el ánimo del protagonista y sobre su destino. Así, por ejemplo, tanto el noble que recurre a una hechicera ("La bruja"), como el pobre pescador que lucha con el hada del agua ("La noche") se enfrentan con la maldición del propio deseo. Todos los protagonistas chocan con el momento extraordinario que genera su metamorfosis. En esta serie de cuentos vive un sentimiento de profunda tristeza por el olvido en que todo termina, por el amor del que no queda rastro, por la muerte que impregna y envenena todas las vidas. Y este diálogo imposible con la disolución, que podría fácilmente dar pie a lo patético, es conducido en un tono casi confidencial, en un estilo depurado, donde el trabajo de cincel, típico de Zúñiga, no tiende a la decoración sino a la máxima limpieza de una prosa diáfana. Esa prosa puede indicar el misterio de las cosas últimas sirviéndose de elementos anónimos (personajes como el estudiante, la bailarina, el sirviente, la esfinge, el escritor; lugares como la barraca de feria, el parque, el campamento de los zingaros, la alcoba, el sombrío palacio señorial, etc.) y símbolos concretos: el reloj que transmite su imparable tic-tac a cada objeto de la casa y después al universo, imponiendo su latido de placer y espanto ("El reloj"); la venganza de la madre de un joven soldado muerto en la guerra, que insulta sistemáticamente durante años a la estatua ecuestre de un rey tirano hasta quebrantarlo, obligarle a descabalgarse y alejarse vencido ("La madre"); las amarillentas cartas de amor que, encontradas por casualidad y quemadas, llenan de frases ardientes las noches insomnes de la mujer a la que fueron en su tiempo dirigidas, hasta obligarla a responder y soñar con emprender un viaje a lo desconocido ("El secreter"); un hombre que regresa ya viejo, tras larga ausencia, a la ciudad natal y de pronto, al pasear, escucha sonidos y voces de toda su vida, hasta la imperiosa llamada que lo lleva a una casa que no existe, ante una mesa en torno a la cual están reunidos sus familiares difuntos que le reprenden por su retraso a la comida: él baja la cabeza, se disculpa, toma asiento y coloca la servilleta en las rodillas ("El regreso").

Básicamente las pasiones eslavas han sido para Juan Eduardo Zúñiga una sensibilidad distinta que asumió casi en soledad (en los años del 40 al 70, los estudios de eslavística fueron muy exiguos en España, casi inexistentes, recuerdo que en la Biblioteca Nacional no se podían consultar los libros en alfabeto cirílico, como burda medida de prevención anticomunista; las relaciones con la

Unión Soviética y los países de la Europa del Este eran mínimas y llenas de sospechas) y además esas pasiones eslavas fueron su aprendizaje de escritor, y crearon un repositorio de ideas y formas, un repertorio de temas y estilos.

Un acontecimiento sin duda central en este recorrido de extrema originalidad en la España de posguerra, fue la amistad con el doctor Dimităr Dímov (1909-1966), que, en 1943, cuando trabajaba en la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Sofía, se trasladó durante un año a Madrid (hasta la primavera de 1944) para realizar una especialización en histología del sistema nervioso en el Instituto Ramón y Cajal. Entonces solamente había publicado una novela, *El teniente Bentz* (1938), pero devino un escritor muy famoso gracias sobre todo a su novela *Tjutjun (Tabaco)*, (1951). Escribió otra ambientada en España durante la Guerra Civil, *Osădeni dushi (Almas condenadas)*, (1945). En el cuento "Las ilusiones: el Cerro de la Balas" de *La tierra será un paraíso* (1989) aparece Dímov como personaje. Es bastante autobiográfico y la voz narrante afirma ser un ex combatiente republicano depurado que trabaja en el mismo laboratorio de Dímov. Al investigador búlgaro describe un Madrid de miedo, estrecheces, incertidumbre, con sus zonas secretas de silencio inalcanzables para un extranjero, y una sociedad donde se está llevando a cabo "la persecución a toda idea de libertad y progreso, la destrucción sistemática de la fe en ideales renovadores". Dímov tiene dentro de sí la nostalgia de una ciudad: Sofía. Lo involucra en la búsqueda frustrada de un compatriota suyo, el médico Stoiánov, del batallón "Dimitrov" de las Brigadas Internacionales. Le da alentadoras ilusiones sobre la posibilidad de huir a Francia, pero al mismo tiempo le aclara que no puede marcharse y olvidar el país donde uno ha nacido, como tampoco se echa al olvido la mujer que ha despertado un intenso amor.

El primer tomo de las obras completas de Dimităr Dímov fue publicado por la editorial Bălgarski Pisatel de Sofía en marzo de 1974, antes de la muerte de Franco y antes de que se publicaran las obras mayores de Zúñiga. En las notas de Krăst'ó Kuyumdžiev, se cita un escrito de Todor Neykov, búlgaro afincado en España con el cual Zúñiga colaboró en varias traducciones. Dice que Dímov vivía en una pensión barata, conocía el español y le interesaba muchísimo la vida del país. Recibió una gran ayuda de Juan Eduardo Zúñiga, "muchacho pobre de unos 26 años, que se había quedado sin educación formal y se ocupaba de literatura. Entonces iba a menudo a la embajada búlgara y estudiaba el búlgaro (probablemente no quería relacionarse con ambientes franquistas y prefería los extranjeros)" (p. 516). El mismo Zúñiga escribió un artículo sobre Dímov en Madrid, publicado en 1969 en el n.22 de la revista *Narodna Kultura*, donde recuerda: "Fuimos amigos en uno de los momentos más convulsos y críticos de la historia de Europa. Íbamos con frecuencia a las librerías de viejo cerca de la Estación del Mediodía. Dímov leía novelistas como Baroja, Pérez Galdós o Blasco Ibáñez." Y en su libro sobre Sofía, Zúñiga obviamente menciona la casa en que Dímov terminó sus días, hoy museo, la placa del Ayuntamiento de Madrid en la Plaza de la Independencia donde vivió, el cargo de presidente de la Unión de Escritores Búlgaros, pero sobre todo el papel de España en su vida como recuerdo

entrañable y constante, como "tesoro íntimo" de Dímov. Que fue el mismo papel que para Zúñiga jugó el mundo ruso y búlgaro.

A Juan Eduardo Zúñiga le gustan las figuras de escritores suicidas. Tal vez porque encarnan la eterna lucha entre bien y mal. Antero de Quental, Mário de Sá-Carneiro, Peiu Yávorov... Y siempre le ha parecido que solo el amor perdido proporciona dignidad y nobleza al acto de quitarse la vida. Del simbolista Yávorov, en su libro *Sofía*, invita a visitar la casa-museo en la calle Rakovski, donde se suicidó una noche su hermosísima, culta, caprichosa y atormentada mujer Lora Karavelova, después de una escena de celos, y el poeta también se disparó con la misma pistola, quedando ciego hasta que meses después tomó veneno y se suicidó, a los 36 años.

*Flores de plomo* (1999) está dedicado a Mariano José de Larra, salvo el último texto, donde aparece Felipe Trigo. Nos dicen Ángeles Encinar y Luis Beltrán Almería que la segunda parte del libro, en un primer proyecto, estaba dedicada a historias sobre escritores suicidas, pero al final el autor alargó el drama de Larra y solamente dejó el cuento sobre Felipe Trigo. La identificación de Trigo con Larra se debe a la admiración y coincidencia de opiniones. Trigo tiene los artículos de Larra entre las manos y lo imagina en la calle con Dolores Armijo. Pero en la edición de 2015 lo cambió mucho.

Felipe Trigo, nacido en 1864, médico rural y militar, socialista, héroe en Filipinas y luego célebre autor de novelas galantes y a veces de denuncia social, sufría de una aguda neurastenia y percibió la Guerra Mundial como una auténtica catástrofe que destruía sus convicciones y esperanzas. En 1916 publicó *Sí sé por qué*, novela en primera persona, donde una vez más propone su proyecto quimérico de reforma sociocultural a través de la novela erótica, su nueva ética vitalista y liberadora: la mujer del futuro puede nacer de la conciliación de los extremos del burdel y el convento, del ángel y la prostituta, de la sensualidad y el misticismo; o sea de la fusión del amor carnal y el amor espiritual. Pero este entusiasmo renovado no le bastó y en septiembre se disparó en la sien, a los 52 años. Su espíritu desgarrado veía avecinarse la vejez, con el colapso de la energía y el fin de las experiencias que habían sido su fuente de inspiración. Sus fórmulas literarias estaban agotadas, se repetía sin renovarse. Le aterrorizaba la locura y que su familia tuviese que soportar su decadencia física y mental. Como hombre y escritor había entrado en un callejón sin salida.

La primera versión del cuento, "Últimas razones íntimas", es más al estilo de *El anillo de Pushkin*, con esa increíble habilidad de empatía y comprensión que tiene Zúñiga. Todos los posibles motivos de la soledad, angustia y desesperación de Trigo están presentes. La portadora de la premonición y la inquietud es una canción popular de la que no se entienden las palabras, cantada por una joven loca y harapienta, con el pelo rubio sucísimo, que despierta la atracción del escritor: imagina tocarla con violencia y se avergüenza de ese pensamiento brutal; la ve a través de la verja de hierro de su chalet y no hay comunicación; luego la encuentra al pie de una farola y se siente indiferente, sin deseo, y ella se ríe. Este personaje representa una premonición inescrutable, un espejo del fracaso y la impotencia que llevan al suicidio. El protagonista aquí es muy Trigo.

En cambio, en la segunda versión, titulada *1916. Canción lejana: las decepciones*, es mucho menos Trigo y mucho más un protagonista de Zúñiga. Se dibuja el perfil de un escritor comprometido a lo Larra, que se contrapone a la hipocresía moral y es atento al atraso social y a la actualidad política, que discute de la vida y los libros con su mujer y con su editor (mientras que en la primera versión no lo lograba ver). La loca ha desaparecido, solo queda su canción. La segunda versión es muy esencial y sugerente, el conjunto de decepciones está allí, pero como un tono de fondo en la rutina perturbada de Trigo, cuyo suicidio parece menos inevitable.

La canción es un elemento clave en la imagen de los gitanos en la obra de Zúñiga. Y los gitanos son un lazo entre el mundo eslavo y Madrid. Baste recordar el cuento "La canción de Misterios de las noches y los días", donde la muchacha que el narrador enamora canta "una de esas canciones de los gitanos en las que expresan mucho más de lo que nosotros creemos oír [...] una canción fogosa, exaltada, que con toda la fuerza de la garganta tenía inflexiones lentas y nostálgicas que despertaban una emoción inexplicable". Y el cazador nunca llega a entender lo que dicen las letras. Acude a la cita con la muchacha y solo llega, traída por el viento como un hechizo, la canción: "era la llamada de un amor que hablaba, aunque incomprendible, del ardor y el arrebato del deseo al que puede acompañar una honda tristeza". Y al amanecer encuentra el cadáver de la amada, ya sin encanto ni seducción. Las gitanas como símbolo de fiereza y libertad, fuera de toda sujeción, vuelven en muchos textos de Zúñiga, como "La bruja y La gitana" del mismo libro, o "El molino de Santa Bárbara" en *Brillan monedas oxidadas*, donde un noble, Guzmán, lo deja todo para unirse a la tribu de Senfira, una bailarina gitana. Pero la libre ley del amor lleva Senfira hacia otro y Guzmán mata a los dos y queda para siempre maldecido. Sin embargo, aquí quiero recordar la esbelta gitana del ya mencionado cuento "Las ilusiones: el Cerro de la Balas". Su relación con la voz narrante empieza con un intercambio de miradas en una taberna. Ella es pobremente vestida, descuidada y sucia, pero sus ojos y su boca son seductores, tan atractivos que el joven tiene que contarle ese encuentro al doctor Dímov, y el búlgaro asiente como quien ha vivido experiencias parecidas. La segunda vez que la ve, compara su talante altivo a una España sometida, pero con reservas de dignidad. Y cuando vuelve a la taberna y la busca como una tabla de salvación, ilusionado con la posibilidad de un amor, arisco y desvalido, pero de indecible encanto, descubre que los gitanos se han ido para siempre. Vagas siluetas de ciudades y mujeres andan por la obra de Juan Eduardo Zúñiga, tan necesarias, aunque a menudo solamente leídas o soñadas.

#### OBRAS CITADAS

- Beltrán Almería, Luis (2008): *El simbolismo de Juan Eduardo Zúñiga*. Bellcaire d'Empordà, Vitel-la.
- Dimov, Dimităr (1974): *Săčinenija*. Sofía, Bălgarski Pisatel.
- (2008): *Escritos sobre España*. Granada, Athos-Pérgamos.

- Trigo, Felipe (1916): *Sí sé por qué*. Madrid, Renacimiento.
- Yávorov, Peiu (1983): *Viento de medianoche*. Madrid, Ayuso.
- Zúñiga, Juan Eduardo (1977): *Los imposibles afectos de Iván Turguénev*. Madrid, Editora Nacional.
- (1983): *El anillo de Pushkin. Lectura romántica de escritores y paisajes rusos*. Barcelona, Bruguera.
- (1989): *La tierra será un paraíso*. Madrid, Alfaguara.
- (1990): *Sofía*. Barcelona, Destino.
- (1992): *Misterios de las noches y los días*. Madrid, Alfaguara.
- (1996): *Las inciertas pasiones de Iván Turguénev*. Madrid, Alfaguara.
- (1999): *Flores de plomo*. Madrid, Alfaguara.
- (2010): *Desde los bosques nevados. Memoria de escritores rusos*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- (2010): *Brillan monedas oxidadas*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.
- (2015): *Flores de plomo*. Barcelona, Galaxia Gutenberg.